

SUMARIO

Los laureles del rey Don Jaime; por don G. M. SECO, página 257. — Ojeada sobre los sucesos de la guerra tesaliana (*continuación*), por C. BARÓN DE GOLTZ, traducción del MARQUÉS DE ZAYAS, comandante de Estado Mayor; pág. 263. — Marcha experimental para el ensayo del material de montaña de 7'5 de tiro rápido (*continuación*), por don EDUARDO DE OLIVER-COPONS, comandante de Artillería; pág. 268.

Pliegos 36 y 37 de *Telegrafía Militar*, por D. CARLOS BANÚS Y COMAS, coronel, teniente coronel de Ingenieros.

LOS LAURELES DEL REY DON JAIME

En esta época de publicidad y de discusión, todo cuanto no pertenece á las ciencias naturales es objeto de variadísimas opiniones y de vivas controversias. La guerra y las causas físicas y morales que influyen en sus resultados, hállanse en este caso.

Tolstoy, como dice su comentador y nuestro erudito compañero don Francisco Barado, niega importancia al arte, al genio y á la iniciativa; y supone en la masa un poder inconsciente que niega al individuo y, añado yo, al general en jefe.

Dragomirow entiende que la preparación psicológica del soldado es de resultado seguro.

Salisbury ha hablado recientemente de naciones moribundas; y numerosos escritores, autores de obras distintas y de artículos periodísticos, han hablado también de las misiones providenciales que las naciones son llamadas á cumplir.

Según mi corto entender, conviene, en el asunto, ser un poco ecléctico: tratándose de ejércitos excesivamente numerosos, y, por consiguiente, formados con tropas nada escogidas, hallamos, con Tolstoy, ese poder inconsciente que vence, ó es vencido, por casualidad; pero también hallamos, con su compatriota Dragomirow, que la preparación moral (y también la física) del soldado, puede producir resultados excelentes; y es preciso convenir con Salisbury, en que las naciones decrepitas no aciertan nunca á preparar las grandes victorias, las cuales, á mi entender, exigen un pueblo joven y vigoroso que sepa escoger gobiernos acertados, realizar sacrificios, y dar al ejército un contingente de hombres aptos para la guerra. En tal caso, el general, confiando en el esfuerzo de sus soldados, adquiere audacia é iniciativa, con las cuales, aprovecha las cualidades del soldado, obteniendo victorias que enardecen las tropas, y dan aliento á los gobiernos para seguir una política militar enérgica, que eleva el país al más alto grado de esplendor.

Suponer que un solo hombre, Ministro ó General en jefe, pueda alterar esta marcha, es desconocer absolutamente esa inmensa debilidad del individuo aislado, que ha obligado á los hombres á reunirse, formando sociedades. Por esto es completamente injusto atribuir al que ejerce el mando, las desgracias de la Patria, como concederle los honores de su engrandecimiento, á no ser en la pe-

queña parte que corresponde al que aprovecha, con acierto, los materiales que la casualidad ó la Providencia ha puesto á su disposición; pero aun este acierto suele estar inspirado en las sanas y patrióticas ideas populares, por lo cual, su mérito, en lo tocante al aparente director de escena, es muy escaso, y, como vamos á ver en la historia de Don Jaime el Conquistador, á veces llega á ser nulo. (1)

En el tomo VIII, números IV al X, ambos inclusive, de la *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, el señor Barón de las Cuatro Torres publicó una extensísima y erudita Memoria, titulada: «El casco del Rey Don Jaime el Conquistador», en la cual se demuestra que es falsa la tradición que atribuye á aquel Monarca la cimera que representa un dragón alado; y el autor del presente artículo, con mucha brevedad y con ninguna erudición, se va á permitir la audacia de colocar sobre ese falso casco los no más auténticos laureles del supuesto Conquistador que, como vamos á ver, era llevado á remolque por sus turbulentos súbditos.

Parece ser que, de la crónica del Rey Don Jaime, Fray Pedro Marsilio tomó los datos para redactar la que él escribió; y ambas sirvieron de norma á los cronistas de Mallorca don Juan Dameto, don Vicente Mut y don Jerónimo Alemany, El erudito don José María Quadrado, en la *Historia de la Conquista de Mallorca*, inserta la crónica de Marsilio, de la cual vamos á sacar los datos necesarios para conocer el papel que desempeñó Don Jaime en aquellos famosos acontecimientos.

Los catalanes apresaron alguna embarcación mallorquina, y los moros mallorquines á su vez, apresaron una nave catalana, que conducía riquísimo cargamento. Los catalanes reclamaron á su Rey la defensa de sus intereses; éste envió un embajador, para exigir satisfacción al Reyezuelo de Mallorca, llamado Jeque-Bohibe, ó Jeque-Abu-Yahie, quien recibió muy desatentamente la visita, preguntando: *¿qué Rey es ese que nombras?* A lo cual respondió el orgulloso emisario, que su amo era *el Rey Jaime de Aragón, hijo de aquél que, en la memorable batalla de las Navas de Tolosa destruyó un grueso ejército de vuestra nación*. El Jeque tomó tan á mal la altiva respuesta, que sólo por consideración al carácter sagrado de embajador no le dió muerte.

Sin embargo de tales violencias, Jaime, que por aquel tiempo, no había cumplido los veinte años de edad, no declaró la guerra á Mallorca; pero sus vasallos, poco conformes con tanta prudencia, tomaron sus medidas para que las cosas pasasen de otro modo.

Numerosos nobles, sin ser llamados por el Monarca, acuden á Tarragona, donde éste se halla; se reúnen en banquete celebrado en casa del experto marino Pedro Martel, y le piden noticias de las Baleares, de las cuales el complaciente marino hace una prolija y brillante descripción, que tienta la codicia de aquellos audaces guerreros, quienes, sin dilación, y colectivamente, para mejor imponerse al joven Soberano, se presentan á él invitándole á efectuar la conquista, y halagándole con la esperanza de la gloria que adquirirá.

El Monarca acepta el pensamiento, y convoca las Cortes de Cataluña, ante

(1) Todo este párrafo no quiere decir que deje de exigirse responsabilidad al Comandante de tropas que falte á sus deberes.

las cuales pronuncia un discurso que empieza con quejas acerca de la turbulencia de sus vasallos; después propone la conquista, y concluye pidiendo que cesen las discordias entre toda clase de personas, y que las Cortes le aconsejen lo que ha de hacer, cooperen á la conquista y le faciliten el subsidio necesario. Hasta aquí vemos que la idea de la conquista no brotó espontáneamente en el cerebro de Don Jaime, sino que venía siendo pensada y deseada por sus vasallos y vamos á ver lo ocurrido en las Cortes, según el orden de capítulos de la referida obra.

El clero, por boca de Aspargo (ó Espargo), arzobispo de Tarragona, responde con muy poco respeto á Don Jaime, que, efectivamente, es muy joven y necesita consejos; que conviene deliberar largamente el asunto, y no decidirlo con presuntuosa temeridad. «*Queremos, pues, decía el egregio Aspargo, al terminar su discurso, deliberar, y responder luego más discretamente, según esperamos, para honra de Dios y vuestra y de los vuestros.*»

Guillermo de Moncada, por los nobles, y Berenguer Girart, representante de Barcelona, por las ciudades, respondieron con alguna más cortesía; pero apoyando la resolución de Aspargo.

La nobleza, á la cual pertenecían los iniciadores del pensamiento, se adelantó á contestar secretamente al Rey, haciéndole comprender que el prestigio de ella requería que el soberano emprendiese grandes y nobles hechos, tales como la conquista de Mallorca, en la cual habían de vencer ó morir, para recobrar la buena fama que tuvieron en otro tiempo.

En esta, que podemos llamar conspiración parlamentaria, se acordó que, al reunirse de nuevo las Cortes, hablasen primeramente los nobles, para influir en el ánimo de prelados y ciudadanos.

Así se hizo, ofreciendo los nobles tropas y dinero y reclamando el reparto de lo que se conquistase; y entonces, Aspargo, bien porque le animara el olor del botín, ó por no contradecir á la nobleza, hace un cambio de frente, aprueba el proyecto, da el título de *salud de Dios* al que pocos días antes consideraba como á un jovencuelo falto de consejo; pide al Rey que reparta con amor *casi fraternal* las tierras y cosas que conquiste; y, como los nobles, ofrece ayuda.

Berenguer de Paláu, obispo de Barcelona, ofrece, no indulgencias, sino cien caballeros ó más, armados á sus expensas; el de Gerona ofrece treinta; y el abate de San Feliu de Guixols, otros tantos.

El representante de aquella ciudad de Barcelona que pretendió y obtuvo el predominio militar y mercantil del Mediterráneo, se comprometió á aprontar las naves necesarias; y con esto, llegamos al capítulo 14, en donde consta que el Rey otorgó escrituras públicas, señalando las porciones que se habían de dar á nobles y prelados. El pueblo no pudo ó no quiso mostrarse igualmente avaro; pero es de presumir que algo se prometía ganar, cuando tomó el asunto con tanto entusiasmo.

Y fué tan popular la empresa, que hasta los niños jugaban á la *conquista de Mallorca*, interin las personas mayores dedicaban todos sus esfuerzos á activar los preparativos.

Ya en estas Cortes, en lugar de ver al audaz capitán que, por el solo esfuerzo de su ambición y de su voluntad, idea y realiza difícil conquista, vemos al moderno Rey constitucional, que reina y no gobierna, y que estampa su firma

en el papel donde constan pensamientos y acuerdos ajenos. Ahora vamos á examinar el papel que hizo, como general en jefe, aquel Don Jaime á quien los historiadores adjudican gratuitamente el sonoro título de Conquistador.

En el capítulo 16 del citado texto aparece, y es justo consignar, que Jaime no quiso seguir el consejo galantemente dado por los cómitres, de regresar á la costa catalana, en vista de lo desfavorable del viento sudoeste; pero bueno será hacer algunas observaciones sobre el hecho: el citado viento, aunque no tan favorable como los del cuarto cuadrante, no impide seguir el derrotero de Cataluña á Mallorca; así es, que todas las naves siguieran su rumbo sin inconveniente, lo cual daba poca importancia al acto de valor del Rey.

Por cierto que, ya cerca de Mallorca, un viento, más ó menos frescachón, hubo de molestar vivamente á los navegantes; y entonces, el papel de Don Jaime postrado de hinojos, y rezando con los ojos humedecidos, no parece muy correcto, aun cuando la plegaria se redujese al feliz término de la empresa militar. Y digo esto, porque cuando no hubo naufragio ni averías en la escuadra, el peligro no debió ser suficiente para motivar el llanto.

Tomado consejo de los marinos, y acordado el punto de desembarco, comenzó esta operación; pero Raimundo de Moncada, apenas desembarcado, sin esperar la persona ni las órdenes del Rey, arremete al ejército de cinco mil moros que tiene á la vista, y se apodera de las primicias de la victoria, relegando al Rey á lugar secundario; y Don Jaime, que desembarca después, se lamenta de no haber llegado á tiempo; y no teniendo cosa mejor que hacer, se ensaña con un pelotón de fugitivos; y sólo toma medidas estratégicas para matar, en comandita, á un caballero sarraceno desmontado. Por esta calaverada, recibió de sus magnates una reprimenda poco severa.

Tras la reprimenda, fué advertido de que durante la primera noche pasada en el territorio del enemigo, se debía redoblar la vigilancia; y el llamado Conquistador respondió que, puesto que sus caballeros eran experimentados, dispusieran lo que gustasen, y serían obedecidos. Estos le señalan la cantidad de fuerza que debe desempeñar tan importante servicio; y el Rey la nombra; pero los barones y los soldados no obedecen; y él se va á dormir tranquilamente, ignorando que no se ha establecido vigilancia de ningún género.

Ya se observa desde este momento, que se equivocó grandemente el autor de aquel aforismo militar, según el cual, un ejército de corderos, mandado por un león, vence á un ejército de leones, mandado por un cordero; y el error del aforismo se demuestra, porque Mallorca fué conquistada por leones, á cuyo frente marchaba un tierno recental.

Verificóse una segunda batalla, donde mueren Guillermo y Raimundo de Moncada, y donde sigue observándose la misma indisciplina que anula por completo la acción del monarca, quién, con muy buen acuerdo por esta vez, quiere continuar la marcha, para cortar la retirada al Rey moro; pero sus súbditos se oponen á ello, exigiéndole que se detenga para rendir los honores á aquellos caballeros, cuya pérdida le participan; y el Rey se detiene, resultando su voluntad tan contrariada como siempre.

Siguiendo á la continua el consejo de nobles y prelados, pone sitio á la capital de la isla; pero no es el Rey, sino un religioso castellano, Fray Miguel, quien alentaba á los sitiadores en sus penosos trabajos, y quien era obedecido en el ejército.

Más adelante, parece notarse que el Rey adquiere cierta autoridad, pues se dice que toma algunas disposiciones, y que es obedecido.

Como esto se halla en contradicción con la idea de la nulidad del Rey, que nos han hecho concebir los capítulos anteriores, no se sabe que pensar del cambio; pero cabe suponer que el historiador se cansa de repetir que Jaime todo lo hace por voluntad ajena; ó que, quizá, el fraile castellano, perteneciente á otra nación más disciplinada, aprovechase su prestigio, para establecer la subordinación en el ejército del Rey aragonés.

Como no estamos haciendo la historia de la conquista, pasamos por alto las peripecias del sitio; pero es digno de observar, que Jaime entró en tratos con el monarca moro, el cual se ofrecía á entregar la plaza y el reino, con lo cual, el aragonés se consideraba, con razón, muy satisfecho; é intentó aceptar por capitulación, un reino con su capital, y no, un montón de ruinas; pero, tal vez porque la capitulación evitaba el saqueo, los nobles se opusieron á ella; y otra vez quedó destruída la autoridad del soberano, que careció de energía para realizar un acto humanitario y conveniente.

Tomada la plaza por asalto, fueron más de veinte mil las personas pasadas á cuchillo; y el saqueo duró ochos días, durante los cuales, el Rey no consiguió echar la vista encima ni siquiera á su cocinero, viéndose obligado á aceptar el convite de uno de sus cortesanos.

El reparto del botín fué causa de desobediencias al Rey, y de saqueos y atropellos en las casas y personas de algunos caballeros; y hasta el pobre Conquistador hubo de guarecerse en el Temple, para no ser, á su vez, atropellado y saqueado; y no salió de tan penosa situación, sino transigiendo con sus rebeldes tropas.

Terminado el saqueo, gran parte de la hueste regresó por propia voluntad á la Península. Con los restos de la fuerza, Jaime sale de Palma, para continuar la conquista de la Isla, emprendiendo el camino de la montaña, donde los moros se habían hecho fuertes; pero la infantería tomó el camino de Inca, a donde Jaime se vió obligado á seguirla, regresando de allí á Palma, sin conseguir su objeto, á causa de la desobediencia de sus peones.

Aquella aristocracia, tan dispuesta para el saqueo como para la rebelión, era insaciable, tanto la que vestía hábito religioso, como la que ceñía espada: acudieron los Hospitalarios, que no habían corrido el riesgo de la conquista, y pidieron parte del botín.

El celeberrimo Conquistador, cuyo único papel durante la conquista se redujo á la más servil complacencia, viendo que sus nobles no querían ceder á los Hospitalarios nada de su parte, les cedió una alquería de que se había apoderado, cuatro buques moros, y alguna otra cosa, consiguiendo únicamente de la nobleza, que cediese alguna porción de tierras, en derredor de la alquería.

En una segunda salida contra los moros de la montaña, y obedeciendo, como siempre, á indicaciones ajenas, obtuvo una victoria que proporcionó dos mil esclavos á los vencedores; y, tras de esto, el Rey regresó á Cataluña, dejando por su lugar teniente al señor de Torrella, el cual, para que no cayesen en desuso las costumbres de su tiempo, le pidió y obtuvo el castillo de Pals, así como indemnización de los gastos que hiciese en el desempeño de su cargo.

El resto de la conquista fué llevado á cabo por otros capitanes, y no cumple

á nuestro objeto entrar en más detalles: quien desee estudiarlos detenidamente, puede leer las obras citadas más arriba.

Si la historia de todas las conquistas verificadas por jóvenes adolescentes se hallase desprovista de prejuicios engañosos fundados en aduladores relatos de los contemporáneos, y se nos presentase enriquecida con el conocimiento de detalles que suelen pasar inadvertidos para la posteridad, es posible que la leyenda del genio militar quedase en muchos casos reducida á la homeopática dosis en que Marsilio nos presenta las glorias de Jaime el Conquistador en la guerra de Mallorca.

Pero suponer que Jaime, perteneciente á una raza de guerreros feroces, alentado con éxitos debidos al indomable valor de sus huestes, empujado por las ambiciones de su pueblo, y ensoberbecido por su autoridad real, había de ser siempre testafarro de voluntades ajenas, sin propia iniciativa, sería contrario á las doctrinas militares de quien esto escribe, según las cuales, es bastante más frecuente que los soldados formen al general, que no que el general forme á los soldados.

Efectivamente, Jaime, en la conquista de Valencia, ya no es el mismo de la de Mallorca, pues en aquella, con más edad y mayor experiencia, aprovecha su poder real para obtener, en muchas ocasiones, la obediencia de sus discolos guerreros; pero es de advertir que, en esta conquista, halló facilidades que no había hallado en la del reino Balear, pues Valencia estaba dividida en bandos, y el de Zeite-Abuzeite, con armas y banderas, se pasó á los invasores, si hemos de creer al historiador Gaspar Escolano; y, mientras tanto, Zaen, legítimo Soberano, se mostraba tibio en la defensa, por temor á las maquinaciones de los revoltosos que se hallaban dentro de la ciudad. En tales condiciones, formado el ejército sitiador por setenta y un mil guerreros, cuyo valor era incontrastable, y en una época en que la Poliorcética requería muy poco ingenio, la gloria del general vencedor quedaba, aunque por distintos motivos, no menos reducida que quedó en Mallorca.

En ambas empresas, no Don Jaime, sino las Cortes, decidieron la conquista; y lo mismo en Valencia que en Palma, las tropas solían hacer lo que mejor les parecía; así, desobedeciendo las terminantes órdenes del Monarca, fué atacado el arrabal de Ruzafa, por algunos guerreros indisciplinados; y Jaime hubo de poner toda su hueste en movimiento, para sacarlos del apuro. Por cierto que, aconsejado por sus nobles para que atacase á los moros que salieron á rechazar á los asaltantes de dicho barrio, él, que ya más acostumbrado al mando, quería hacer algunas veces su capricho, no siguió el consejo, y, con esto, cometió tal vez una torpeza, pues es más fácil batir en campo abierto al ejército sitiado, que cuando se parapeta tras los muros de la plaza.

Más acertado estuvo en la elección del punto de ataque, así como en no querer dar oídos á la petición de socorro, que le hizo el Papa, que estaba en guerra con el emperador Federico; pero los suyos, una vez más, le obligaron á resolver en contra de su voluntad; y se comprometió á pasar á Italia con dos mil hombres, abandonando el sitio de Valencia. Por fortuna, hechas las paces entre el Papa y el Emperador, prosiguió el sitio.

Gracias, por una parte, á que Don Jaime no era tan manejable como en su adolescencia, y, por otra, á que el Arzobispo de Narbona terció en el asunto, no

ocurrió aquí lo que ocurrió en Palma de Mallorca, pues los nobles aragoneses y catalanes empezaron á mostrarse descontentos, cuando se enteraron de la capitulación tratada entre los Reyes Jaime de Aragón y Zaen de Valencia; pero el prelado, aplaudiéndola vivamente, los contuvo. Aquellos nobles eran más aficionados al saqueo que á la conquista; y conquista sin saqueo, no les seducía.

Los autores de historias generales, además de que no suelen ser muy entendidos en asuntos técnicos, hallan muy cómodo personificar la nación y el ejército en el Monarca y en el general en jefe; los cronistas y biógrafos suelen dejarse arrastrar por la pasión, por la adulación, ó por los prejuicios; y de aquí nace la aureola de gloria que rodea á ciertos personajes históricos, la cual, con su luz deslumbradora para los ojos mofos, eclipsa ejércitos y naciones, como la pequeña nubecilla eclipsa la luz del sol,

Porque la nube está cerca;
Porque el sol está muy lejos;
Porque, así, en la vida humana,
Mil intereses mezquinos
Nos ocultan del mañana
Los resplandores divinos.

como decía Echegaray en una de sus más bellas poesías, la cual, cambiando *el mañana* por *el ayer*, es, en la parte transcrita, aplicable á nuestro objeto.

Para terminar, baste decir, que no es á Jaime I de Aragón, sino á su pueblo al que debe aplicarse el epíteto de Conquistador; y que conviene que, para enseñanza de gobernantes y gobernados, se escriba una historia militar verídica, la cual llevaría al ánimo de todos la convicción de que, en la guerra, los leones, son leones, y los corderos, corderos; mándelos quien los mande, pues el poder del general en jefe no alcanza á crear el valor que no existe, sino únicamente á reanimar el de aquellas tropas que, teniéndolo, se hallan momentáneamente amilanadas por alguna causa pasajera.

G. M. SECO

OJEADA SOBRE LOS SUCESOS DE LA GUERRA TESALIANA

POR C. BARÓN DE GOLTZ.

(Continuación.)

La batalla de Farsalia que pudo ser decisiva y aniquiladora se convirtió en una serie de combates de vanguardia. Las bajas no fueron muy considerables; ascendieron á ocho oficiales y 147 hombres entre muertos y heridos (1).

Sin duda alguna la operación contra Farsalia estuvo bien pensada y dispuesta. El cuartel general había previsto que el enemigo no presentaría allí esponsáneamente batalla decisiva. Las alturas detrás de la ciudad son demasiado escarpadas para constituir una buena posición defensiva, y no las atraviesa ningún

(1) Sin contar las de la segunda división que no conocemos, pero que de todas maneras serían pocas.

camino directo que en caso de necesidad ofrezca una retirada segura á Domo-kos. Esta podía á lo más verificarse por el flanco izquierdo siguiendo la carretera que envuelve por el oeste las montañas, y sabido es que estaba muy expuesta á las amenazas del ofensor.

Se había concedido por lo tanto la preponderancia al ataque del ala derecha. Por sorpresa debían aparecer las divisiones Nechat y Hairi en el flanco izquierdo y detrás del ala izquierda de la posición griega. Las tres divisiones destinadas al ataque inmediato se encontraban por la mañana formando un arco alrededor de Farsalia, y distantes todas ellas 30 kilómetros de este punto de concentración. El mismo camino tenía que recorrer la división Hairi hasta Hadji Omar, es decir, hasta el lugar en que podía cortarse la retirada al enemigo, sólo que la caballería debió haber seguido una dirección más conveniente; por ejemplo, pasando entre Hadji Obassi y Edriskoij á Hadji Omar, en lugar de ir á Gusgunari. Ciertamente que no faltaron á las tropas aptitudes maniobreras, pues este día recorrieron 30 kilómetros, y la mitad de esta distancia en formación desplegada, sin demostrar cansancio. No dependió de ellas que al final sólo llegaran á empeñarse en combate la 6.^a división y parte de la 3.^a, y que éstas fracciones corrieran el riesgo de ser rechazadas y quizás batidas por el enemigo, si éste hubiese reconocido y aprovechado pronto la situación.

Las causas en virtud de las cuales no se obtuvo más que un éxito parcial, dependieron exclusivamente de que la dirección de las divisiones no estuvo en armonía constante con el curso de las ideas del generalísimo. Farsalia era una batalla de oficiales de Estado Mayor, un buen tema de exámenes puesto en práctica. Sin dificultad se reconoce en el avance concéntrico por líneas separadas que convergen sobre el campo de batalla, el modelo alemán de 1866 y 1870. Y por cierto que no fué mal aplicado; distancias y fuerzas eran acomodadas al objeto, pero la ejecución del plan estuvo en manos de una generación—por no decir escuela—distinta de la que lo había concebido. Los dos comandantes de división del ala derecha tuvieron más en cuenta los peligros que ofrecían el avance aislado y una derrota parcial, con todas las consecuencias á ellas anejas, que las grandes ventajas de la intervención simultánea y combinada de las diversas unidades. Hasta el mismo general en jefe se decidió á medias por un proyecto que le parecía aventurado, de éxito no seguro y que además le imponía una gran responsabilidad. Satisfecho con las ventajas obtenidas fácilmente en el frente, no apremió mucho al ala envolvente para no extremar mucho las cosas y evitar así quizás un fracaso.

Claramente demuestra el ejemplo de Farsalia el acuerdo que debe emitir entre la dirección y la organización del ejército. Sin duda alguna que un ejército alemán antes de la batalla se encuentra mejor si está separado porque tiene mayor libertad de movimientos, de despliegue y de empleo de las fuerzas. Creo, sin embargo, haber acertado cuando al separarme del servicio de Turquía, recomendé á mis antiguos discípulos la formación de masas antes del ataque, como principio de reunión igualmente acreditado. Generalmente son exactas las leyes de la dirección de la guerra, pero si se trata de su aplicación no han de sujetarse á la misma medida ni han de emplearse con uniformidad. Sólo la generación venidera del ejército otomano podrá ejecutar sin faltas el *marchar separados y combatir reunidos*, Si en Farsalia hubiesen mandado las divisiones, los oficia-

les de Estado Mayor ó los comandantes de división hubiesen obrado como Hasán Tahsin-Bajá, probablemente la historia militar turca se hubiera enriquecido con un grande hecho de armas.

* * *

Edhem Bajá hizo su entrada en Farsalia el 6 de mayo á mediodía. Continuaba preocupado por el flanco izquierdo del ejército. En un despacho llegado al cuartel general en la tarde del 5 de mayo le daba parte Hakki-Bajá de que también había tenido combate y se encontraba en situación difícil. Ordenó en seguida—en la mañana del 6—que la brigada de reserva mandada por Haider-Bajá que había llegado por la noche á las alturas de Tekke y estaba allá acampada, retrocediera a Bakratch para marchar por la falda norte del Kara Dagh y Bekdjiler á Veletinón. La división Memduh (3.^a), recibió orden de avanzar desde Tatarly por Bairakly y Duvlatán contra el flanco izquierdo de la posición de Smolenski. Resolvió además el general en jefe trasladarse personalmente á Gherli, aun cuando los coroneles Mahmud y Riza-Bey trataron de disuadirle de ello, demostrándole que la retirada de Farsalia del príncipe Constantino tenía por consecuencia inmediata la de Smolenski desde Veletinón.

La continuación de la ofensiva hacia el sur en dirección á Domokos fué discutida por los oficiales de Estado Mayor del cuartel general y tuvo en el mayor Isset-Bey un defensor apasionadísimo (1). Pero las objeciones que se opusieron fueron de mayor importancia. La operación contra Farsalia había puesto de manifiesto las dificultades de una enérgica ofensiva, dado el estado actual del ejército. El consumo de municiones había sido grande; la artillería no poseía más que la dotación para un segundo combate. El servicio de abastecimientos en el cual no había podido todavía intervenir el Estado Mayor, faltaba completamente. Las marchas habían sido largas, la fatiga bastante considerable. La detención del ala derecha y de la reserva en este día eran propias para volver vacilantes y prudentes hasta á los más optimistas. A todo esto deben añadirse las noticias de Veletinón. Seguramente que lo mejor hubiera sido hacer avanzar durante la noche la división Nechat (2.^a), con la caballería hasta la carretera de Domokos, llevar á la derecha la división Hairi (1.^a), por Demirli hacia Hadji Omar, siguiendo á retaguardia Hamdy (6.^a) y Memduh (3.^a) junto con la reserva y dejando en Veletinón á Hakki (5.^a) para que se las arreglase como pudiera. Pero al analizar las probabilidades de éxito, tal como estaban las cosas, era cuestión demasiado importante y seria para resolverla á la ligera. «Notre fougueux Isset dut donc se calmer devant l'implacable réalité», me escribía un oficial refiriéndose á este momento crítico. Se resolvió concentrar el ejército en Farsalia y establecer allá una base antes de continuar la marcha de avance, y mientras se procuraba que la brigada Smolenski evacuara á Veletinón.

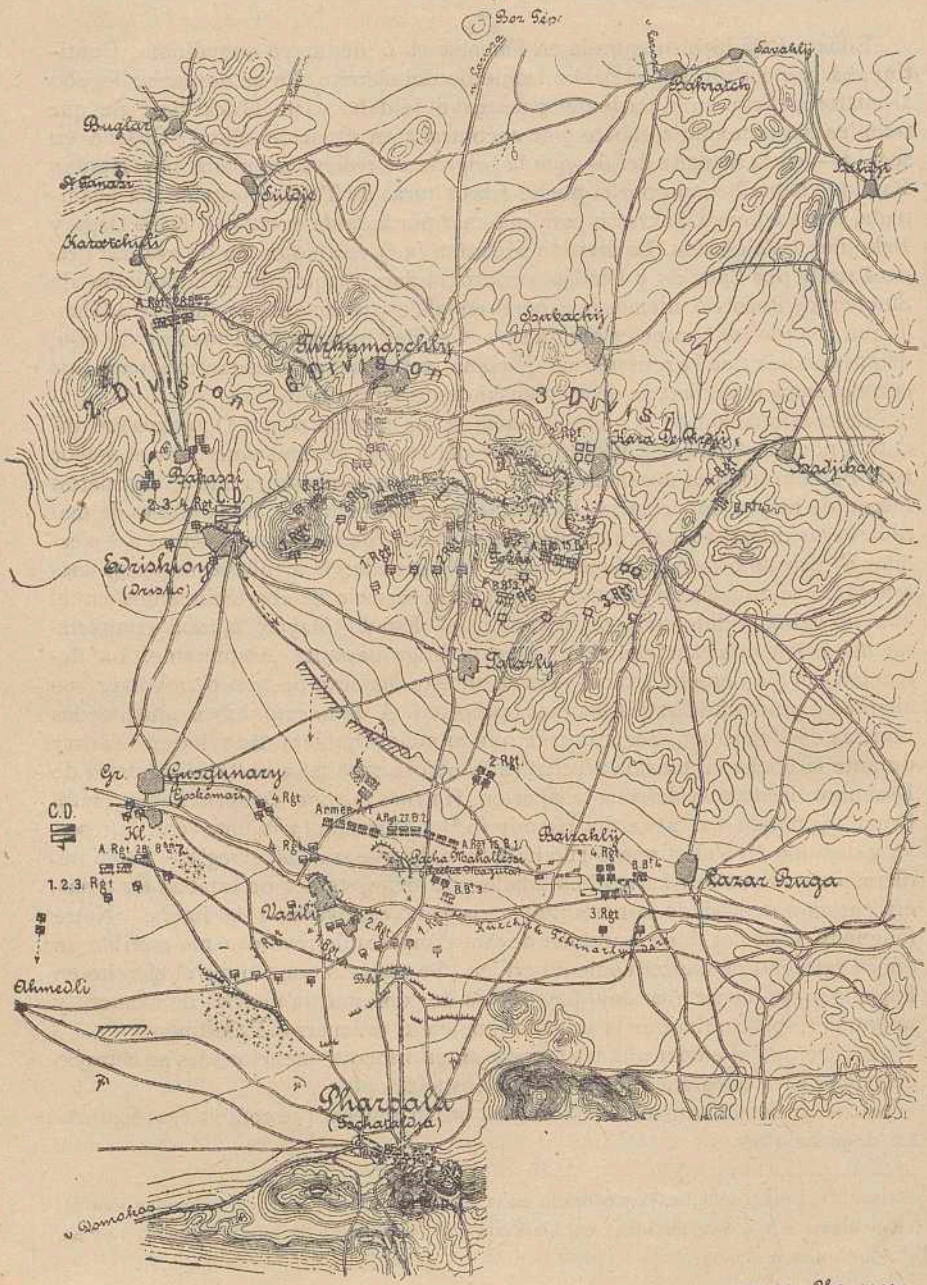
Parece que al enviar allá las fuerzas anteriormente mencionadas se cumplió con una orden telegráfica recibida de Constantinopla.




Para las demás tropas se expidió una orden general que contenía las siguientes disposiciones:

(1) De origen sudalbanés y educado en la escuela de estado mayor de Constantinopla; fué ayudante mío y después sirvió en Alemania en el regimiento de húsares número 14 y en el estado mayor.

Batalla de Farsalia

5 Mayo 1897



 Chausseen
 Fahrwege
 Fußwege



1.^a La división Nechat (2.^a) tomará posición en Kutchuk Tchechme (Mikrón Tsiajmati), enviará á Demirli un destacamento, de cuatro batallones, una batería y algunos caballos, y explorará diariamente por Hadji Omar.

2.^a La división Hamdy (6.^a) quedará en Farsalia ocupando las alturas al sur de la ciudad y haciendo reconocimientos diarios hacia Domokos y Karadjaly.

3.^a La división Hairi se trasladará á las alturas del norte de Farsalia y se establecerá como reserva de las otras dos divisiones entre Tekke y Karademirdji.

4.^a La división de caballería guarnecerá los pueblos inmediatos á Farsalia por el norte.

5.^a La artillería de ejército acampará con la división Hairi próxima á Karademirdji.

A vanguardia de esta ala del ejército se restableció interinamente la calma.

COMBATES DE VELESTINÓN (del 5 y 6 de mayo) (1).

La 6.^a división había recibido el 4 de mayo un refuerzo de dos batallones y contaba el día 5 por la mañana, según se ha dicho, con 19 batallones, tres baterías montadas y cuatro escuadrones, es decir, 9.500 fusiles, 15 piezas y 160 jinetes. Las fuerzas de los griegos establecidos en Velestinón no eran menores; se hacían ascender á 12.000 hombres con tres baterías. Los atrincheramientos entre tanto se habían perfeccionado llegando á construirse cuatro líneas sucesivas de zanjas de tiradores. Existían emplazamientos de piezas en el Pilav Tepe y en las alturas al oeste de la ciudad (2).

Hakki-Bajá, como es sabido, había logrado el 5 de mayo contener al enemigo. Resolvió por tanto atacarlo de frente y por su flanco izquierdo. Protegido por su artillería desplegó su división á la derecha de la carretera de Gherli-Velestinón. Sólo cuatro batallones quedaron como sostén al oeste de Risomelón; cinco batallones con una batería marcharon á Konjunjeri contra el flanco izquierdo griego; 10 batallones y dos baterías cubrieron las alturas más al oeste y atacaron el flanco izquierdo. El fuego duró todo el día pero sin producir el acto decisivo que se deseaba. El ala envolvente se apoderó por último de las trincheras avanzadas de los griegos que ya Mahmud-Bey había tomado el día 29; entonces se suspendió el combate; Hakki-Bajá creía tener delante de sí fuerzas enemigas superiores y lo participó así á su general en jefe quien adoptó en consecuencia las conocidas resoluciones.

El día 6 renovó, sin embargo, el combate y duró otra vez el fuego hasta la noche, aunque la artillería griega sólo contestó desde las alturas de Pilav Tepe. á las cinco de la tarde cesó. Pero entonces dos batallones de la extrema derecha asaltaron las posiciones de la defensa, y toda la infantería los siguió. Aunque Velestinón había sido abandonado no se ocupó hasta el día 7 por la madrugada. Las bajas en ambos días sumaron nueve oficiales y 363 hombres.

(Continuará.)

Traducción del MARQUÉS DE ZAYAS,

Comandante de Estado Mayor.

(1) Véase el croquis de Velestinón para los combates de Abril.

(2) Según Clive Bigham se colocaron en el Pilav Tepe 6 cañones gruesos.

MARCHA EXPERIMENTAL PARA ENSAYO DEL MATERIAL

DE MONTAÑA DE 7'5 DE TIRO RÁPIDO

(Continuación.)

Por el contrario, Tredós es triste, sucio y mezquino, de escasos elementos y gente áspera y huraña. Todo fueron dificultades y no parecía que nos hallásemos entre los hospitalarios araneses.

Yo estuve en los dos pueblos y pude apreciar la marcada diferencia entre ambos. Después de dejar en el último á la infantería y caballería alojada nada más que regularmente, pues en las casas se oponían á recibir á la tropa (1) y las cuadras son estrechas con techos y pesebres bajos, me volví á Salardú, donde pernocté.

Habíamos llegado á este punto á las cuatro de la tarde, y habiendo sido muy cómoda la jornada, se hizo limpieza de material, aparcándolo en el patio de la mejor casa del pueblo; se inspeccionaron los bastes para seguir haciendo las observaciones pertinentes al objeto de la expedición y revisté el ganado después de hacer la cura.

A pesar de que llevábamos veintidós días de marcha, algunos por caminos en extremo penosos y accidentados y sin encontrar paja en muchos sitios, no habían estrechado los mulos ni desmerecido, y no sólo me lo pareció á mí, sino que esto mismo dijeron los muchos tratantes inteligentes que hay en Salardú, pueblo que, cómo Viella, Artás y otros del Valle de Arán, tienen renombradas ferias en el otoño á las que acuden muchos excelentes ejemplares de ganado.

Sus elogios me complacieron por ser gente entendida en este asunto, y por recaer el mérito en el capitán de la batería que tan celosamente se había conducido, velando por la conservación de los mulos en buen estado de carnes.

De lo que anduvimos mal, fué de agua, pues en las casas y cuadras no abundaba, y el abrevadero general está bastante lejos. Mucho se ha de pensar en las marchas en este indispensable elemento, sobre todo llevando ganado y si se hacen en el estío.

A las seis y media se dió el rancho y la tropa salió á pasear por el pueblo, y allí, como en todos los anteriores, su comportamiento fué de la mayor corrección y compostura.

Yo tuve un magnífico alojamiento, cuyo dueño nos invitó al capitán Anglada y á mí á su mesa, tratándonos con la mayor cordialidad. Recorrí el pueblo visitando la iglesia que es de estilo románico y tiene en su interior una notable verja hecha, según afirman, de las armas recogidas por los araneses al derrotar á las fuerzas francesas mandadas por el conde de Saint-Girons.

Hay también una devota imagen del Señor en la cruz, de autor desconocido, llamada el Santo Cristo de Salardú, sobre la cual existen piadosas tradiciones nacidas hace siglos en la fantasía del pueblo. La fe pura y los beneficios recibi-

(1) Tuvieron con los oficiales la ridícula exigencia, lo que no nos había ocurrido en toda la marcha, de que para alojarlos tenían que comer en la casa, por supuesto, *pagando*, y es de suponer, que más de lo que valieran los comestibles.

dos las propagaron y transmitiéndose de unos á otros han adquirido un valor que nadie será capaz de negar.

El relato, hecho con acento de convicción firmísima por aquellos campesinos, me produjo honda sensación, y seguramente hasta los que de más incrédulos blasonen, hubieran sentido al escucharle, pasar como una ráfaga de amargura por su alma agostada y presa de desconsolador escepticismo.

Hubo en lo antiguo en Salardú un fuerte castillo que jugó gran papel en las diversas contiendas que sostuvieron los de Arán con sus vecinos los franceses, ávidos siempre de posesionarse del precioso Valle. En una de ellas, el año 1518, se defendió bizarramente de numerosos gascones que á las órdenes de M. Saint-Jean le pusieron apretado sitio, y no obstante ser sólo 40 sus defensores (1) y no disponer más que de un cañón, detuvieron por largo tiempo á los sitiadores y les causaron considerable daño.

El día 16 amaneció fresco y agradable, por más que no había descargado la lluvia que estuvo amenazando toda la víspera, y como la jornada había de ser larga y algo penosa, convenía empezarla temprano y no hacerla de una vez.

A las cuatro de la mañana el toque vivo y alegre de la diana despertó á la tropa y á los pacíficos habitantes de Salardú poco acostumbrados á aquel ruido y movimiento. A las cuatro y media salieron los rancheros, furriel y convoy de víveres para con anticipación confeccionar el rancho en el Hostal Sastrada, mitad próximamente del camino.

Una hora más tarde emprendimos la marcha, llevando á lomo las piezas, porque si bien después de Tredós había algunas partes de carretera, eran las menos, y hasta llegar á este punto el camino, de herradura, estaba intransitable por las piedras, el fango y el agua.

Al pasar por Tredós, á los quince minutos, se nos unió la caballería é infantería, y poco después comenzó á variar el aspecto del terreno al cruzar, por un buen puente de piedra, el río Garona en su confluencia con el Ruda y el Aigua Moix que, teniendo distintos orígenes, al reunirse engrosado ya su caudal toma el nombre del primero, mal llevado según la autorizada opinión del ingeniero don José Reig y Palau (2).

Allí desaparecen los prados, se estrecha el camino, que es muy pedregoso, y después de salvar el río Aigua Moix se desarrolla por el monte en variables curvas y pendientes no muy pesadas, pero siempre subiendo, hasta una altura de 1,500 metros. A la hora y cuarto de marcha comienza á descender y cruzamos el río Ruda por una palanca hecha de troncos sin labrar, la cual pasó el ganado sin dificultad y seguimos por una resbaladiza rampa en demanda del puerto de la Bonaigua.

A los diez minutos pasamos por el torrente que nace de la Fuente Tallada, sitio sobremanera hermoso donde se admira esa exuberante vegetación que constituye la riqueza florestal del valle y satura su ambiente de oxígeno y frescura.

(1) Entre ellos se contaban algunas valerosas mujeres.

(2) Afirma este señor, después de haber hecho detenidos estudios, que el origen verdadero del llamado Garona está en los estanques de Saboredó donde nace el río Ruda y éste debía dar nombre al que se forma, y no el Buret ó Garona que como otros varios sólo es un afluente del principal.

A la sombra de espléndida arboleda descansamos en un sitio de agrestes perspectivas dignas del pincel de un buen paisajista, y aun siéndolo se vería apurado, seguramente, para trasladar al lienzo sin vaguedad ni monotonía aquellas masas de color producidas por los distintos verdes del aliso, el avellano, el fresno, el abeto, la encina, el pino negro y tantos otros árboles cuya variedad es encanto y recreo de los ojos.

¡Qué hermoso espectáculo! Arriba, el cielo lleno de luz cubría nuestras cabezas; abajo, oscuros y elevados picachos llenos de majestad formaban sobre el horizonte onduladas líneas; como fondo, frondosos campos, y allá... á nuestros pies, sombríos abismos é imponentes cañadas.

Después de este agradable descanso, continuamos ascendiendo por una vereda que serpenteaba al borde de un precipicio insondable con rápidas vertientes erizadas de agudas peñas, haciéndose peligrosa y lenta la marcha, y eso que ha de tenerse en cuenta que recorríamos la vía más fácil, menos expuesta y más frecuentada de las pocas que unen el Valle de Arán con lo demás de su provincia y de España.

Cerca ya del puerto dispuse hiciese alto la batería y el capitán inspeccionó las cargas para ver si había de hacerse en ellas alguna variación y anotar las oportunas observaciones. Con objeto de distribuir mejor el peso, se adelantaron las ruedas cuanto fué posible, se montó la reja del arado en el mástil, se cambiaron de costado las cajas de municiones poniendo atrás las tapas y se subieron dos anillas de la cadena de enganche en el camión delantero.

A las ocho y media alcanzábamos el puerto de la *Bonaigua* ó de *Pallars* y di un descanso de quince minutos, durante los cuales se descargó el material en una hermosa pradera tapizada de menudo césped y cerca de una fuente de agua tan delgada como fresca, la cual bebimos con avidez.

En la zona media de las montañas aranesas, en aquellas mesetas, que se extienden desde el límite de la región arbórea hasta las abruptas cumbres donde toda vegetación desaparece, cuando se derrite la nieve surgen prados naturales de fina y jugosa hierba donde pastan multitud de rebaños.

Nosotros pedimos leche á unos pastores y nos trajeron un gran caldero lleno, que si bien era riquísima tenía un sabor extraño, efecto de que la echan sal para que siente mejor dicen, pero más bien es una rutina ó deseo de que se conserve mejor en épocas de calor.

El sitio era verdaderamente encantador: á la izquierda alzabase el *Tuch* (1) de Llansás (3.000 metros), que está gran parte del año coronado de nieve; más allá, borrosos por la bruma, dibujábanse apenas en el lejano horizonte los *Tuch* de Besibe (2.635 metros) y de Marimaña (2.670 metros), y á la derecha otros varios picachos, cuyos nombres no retiene mi escasa memoria, formando una de las partes más ásperas y grandiosas de la salvaje cordillera pirenaica, donde dicen hay varios lagos poblados de exquisitas truchas que son muy apreciadas por los franceses, pagándolas á buenos precios los balnearios del Valle de Luchón y otros.

Al bajar el puerto se arreglaron de nuevo las cargas, y no bastando el repartir el peso atrás, se hubieron de retener con los tirantes para que no rodasen

(1) En castellano quiere decir *pico*.

por aquella pedregosa pendiente hasta los derrumbaderos que iban apareciendo á nuestros pies. Poco después de las nueve atravesamos un imponente barranco, y á medida que adelantábamos hacíase más rápida la bajada y, por consecuencia, más fatigosa para el soldado.

La infantería que marchaba delante *despeñándose*, pues esta es la palabra, por aquellos blanquecinos pedregales, iba marcando una sinuosa línea con los rojos tonos del uniforme.

A las nueve y tres cuartos llegamos á un hermoso prado donde paramos para que bebiese la tropa, pues el día estaba muy despejado y el sol nos *acariciaba* con latigazos de fuego. Descargado el material acampó la gente largo rato por ser temprano y en preparación á la otra parte que seguía, no menos molesta y pesada que la anterior.

Formáronse animados grupos al rededor de las piezas y las cajas; algunos soldados se tumbaron sobre el mullido y verdinegro césped, mientras los mulos y caballos pastaban alegres y retozones, produciéndose bellísimas combinaciones de tonos con el azul, blanco, rojo y gris de los uniformes y el brillo de las armas y cañones, todo rico de luz y color. Un sol vivísimo alumbraba aquel abigarrado conjunto y hacía caprichosos arabescos en el suelo.

Sentíase palpitar la vida y la juventud del hombre y de la naturaleza.

A las once reanudamos la marcha por un paraje sembrado de grandes piedras arrastradas por los aludes del invierno y que el agua había dejado muy resbaladizas y sin apoyo ni trabazón entre sí.

Mucho cuidado fué preciso, y tuviéronle los conductores, para que ningún mulo resbalase, y los sirvientes á fin de que no se vinieran las cargas hacia adelante.

Este mal camino duró treinta y cinco minutos; mejoráronse luego sus condiciones y se suavizó la pendiente, pasando á los veinticinco minutos por la venta de la Bonaigua, pequeña y de elementos escasos, razón por la cual no nos detuvimos, yendo á parar á las doce y cuarto al Hostal de Sastrada, donde se alojó el ganado sin desembastar, sólo aflojándole las cinchas, en dos grandes cuadras. Se dió agua y pienso, se distribuyó el rancho y vino, durmiendo luego la siesta los soldados.

En esta venta encontramos suficientes recursos y no nos dieron mal de comer á los oficiales. Después de tres horas de descanso salimos á las tres y media por un camino de herradura de mal piso lleno de piedras, pero horizontal, y antes de llegar á Valencia de Aneu, se ensanchó la vereda, que ya resultaba más viable, aunque entonces en pendiente pronunciada y sin los encantos y salvaje belleza del Valle de Arán que ya habíamos abandonado.

Las dos jornadas hechas por el territorio aranés fueron deliciosas, y experimenté durante ellas gratas impresiones de que he intentado dar idea imperfecta, así como de sus preciosos panoramas, en estos renglones.

Me satisfaría por completo, si esto bastase para atraer un poco de atención hacia aquel desconocido y apartado rincón de nuestra España donde laten 10.000 corazones amantes de su patria, y que en el silencio de su hogar devoran la amargura del abandono y la frialdad de la indiferencia, que se les hace más sensible que la de sus nevadas montañas, para ésta hállanse curtidos, á la otra no se conforma nunca el individuo sin que surja el deseo de razonada protesta.

Aparte de que se necesitan especiales condiciones, de que carezco, para hablar con acierto de un país en sus diversos aspectos histórico, florestal, orográfico, hidrográfico é industrial, la rápida ojeada que yo dí al Valle de Arán es insuficiente á todas luces y sólo me fué permitido fijarme un poco en sus bellezas naturales de que me queda un simpático recuerdo.

Si en el teatro vemos por primera vez un espectáculo deslumbrador, quedá-nos la imaginación impresionada, más por las decoraciones y el aparato escé-nico, que por el juicio ligero que de la obra podamos formar.

Esto es lo que me ocurrió y consigno en este escrito; el que desee conocer más detalles que consulte las obras geográficas de Malte-Brun, Gourdon, Vidal, Verdagner, Madoz y algunos pocos más (1), pues no es muy extensa la biblio-grafia sobre esta interesante región aunque tan digna es de ser conocida y apre-ciada.

Serían las cuatro cuando llegamos á una altura desde la que se divisaba una extensa planicie donde se asienta Esterri; para llegar al fondo teníamos que bajar rápidamente por unas cortaduras que en algunos sitios cerca ya del pueblo eran verdaderas escaleras, y hubieron de ponerse nuevamente los tirantes para retener las cargas.

Por fin á las cinco penetramos con toda felicidad en Esterri de Aneu.

El pueblo, que pertenece al partido judicial de Sort (Lérida), es de gran importancia, con buen caserío, mucha riqueza de agua y abundantes recursos. Está situado en una extensa llanura de más de 4 kilómetros cubierta de árboles y cultivos, y le divide en dos partes (de Norte á Sur), el Noguera Pallaresa que se cruza por un viejo puente.

La tropa tuvo buenos alojamientos y encontramos espaciosas cuadras donde pueden colocarse más de 400 animales. No hubo dificultades con el vecindario y se nos facilitó alguna paja, la cual no habíamos encontrado en el trayecto desde Tremp, suministrándose sólo hierba; eso sí, excelente y abundante, sobre todo por la parte de Benasque.

Tiene Esterri una notable parroquia dedicada á San Vicente cuyo afilado campanario se eleva á grande altura. Las casas ofrecen el aspecto de las arañas por sus techos de pizarra, aunque no tan tendidos, y pasa por el pueblo el *ca-mino real*, bien malo por cierto, que del interior de la provincia se dirige al Valle de Arán y Francia á través de la sierra de *Bonaigua*.

En una eminencia cercana se conservan aún las ruinas del castillo que ha-bitaron los condes de Pallás, señores en lo antiguo de aquel territorio (2).

(Continuará.)

EDUARDO DE OLIVER-COPÓNS,
Comandante de Artillería.

(1) Recomiendo sobre todo á mis lectores la interesante y moderna monografía «El valle de Arán» del distinguido ingeniero don Jose Reig y Palau.

(2) Se conservan todavía en Esterri algunas pelotas esféricas de piedra muy bien tra-bajadas, procedentes del fuerte.

Véase para Esterri y su comarca el curioso folleto del distinguido oficial de ingenieros colaborador de esta Revista don Juan Avilés «El valle de Arán y Andorra» publicado en Barcelona en 1893.